

# 10

## El anuncio

Cada vez que alquila un piso, Lydia cumple con el rito de ir a la catedral y pedirle suerte al Cristo de Lepanto, una devoción que le inculcó la abuela; le decía que era una imagen encontrada en el mar. Después reza a Santa Teresa, que tiene el altar junto al claustro, y a San Pancracio, patrón del trabajo, aunque sabe que no ha de esperar milagros, y en la cabeza ha empezado a bullirle la idea de rentabilizar los conocimientos adquiridos, su potencial para captar clientes y canalizar los deseos de tantas mujeres que se le ofrecen, en beneficio mutuo. Aunque nunca pudo imaginar que acabaría poniendo ese negocio (pese a que ella se niega a aceptar esa palabra: «Esto no es un negocio —repite—. Como mucho es una pequeña canonjía») que arrancó en la primavera de 1987. De todos modos, si hubiera mirado hacia atrás, y a ella no le importa mirar hacia atrás, al contrario, le gusta recordar el pasado y sacar conclusiones, se habría dado cuenta de que ya llevaba tiempo preparando el camino. Aunque sin premeditación.

—En el fondo, no tenía ganas de montar ese tinglado, que obliga a tantas horas de trabajo y, encima, da tantas preocupaciones. Cada día doce, catorce horas pendiente de todos los detalles, incluso los más insignificantes, y, sobre todo, controlar a las señoritas y a los clientes.

Hay que buscar un nombre. Piensa un momento y decide: «¡Señora Rius!».

No cambia de apellido para camuflarse, incluso le sabe mal no utilizar el suyo, pero entiende que Rius es más corto y más comercial.

—Además, me acordé de *La familia Rius*, la novela que cuenta la historia de un hombre que sólo vive para el trabajo, mientras su mujer le pone los cuernos, retrato perfecto de la sociedad en que nos ha tocado vivir.

Decidido el nombre, pronto pone Lydia su primer anuncio: «Si lo que usted busca es tranquilidad, le proporciono señoras y señoritas no profesionales, en apartamento, a horas convenientes». Siempre el mismo, lleva veinte años sin cambiar este anuncio que de entrada hace hincapié en la tranquilidad y está convencida de que ahí radica su éxito. Se había dado cuenta de que en esos tiempos de estrés, de vorágine diaria, lo que necesitan la mayoría de los hombres es mucha tranquilidad, un ambiente muy relajado y, en consecuencia, una casa de citas con una persona de confianza al frente que les garantice las dos cosas.

Aún hoy, cuando la llaman por teléfono, lo primero que le comentan es que su anuncio respira seriedad. Lydia se pregunta cómo serán los otros; cualquier día se dedicará a leerlos, se lo promete cada mañana y así lleva muchos años. Se anuncia en todas partes. En los diarios de mayor tirada, *La Vanguardia* y *El Periódico*, la presencia es obligada, aunque sea con letra pequeña, porque son anuncios caros; también son obligados los deportivos cuando hay fútbol. Pero ella siente un gran cariño, una predilección, por los diarios comarcales. Cree mucho en la prensa local, le debe casi todo. Al salir con menos páginas, la posibilidad de que se fijen en el anuncio es mayor; además, mantienen con el lector una relación más próxima, casi familiar. Sus anuncios en Girona, Figueres, Sabadell, Terrassa, Manresa, Vic..., le han dado siempre un gran resultado. En el Vallés se ha ganado el apodo de La Institución porque el primer anuncio de contactos que apareció en sus diarios fue el suyo: «Blanca y Lina para caballeros».

Su marketing ha funcionado a la perfección. Los clientes se lo comentan: «Te contrataría para mi empresa con los ojos cerrados». La manera de tratar al público y cómo llegar a él son dos cuestiones que siempre ha tenido claras. ¿Su filosofía? Elemental, pero efectiva: si a un negocio le pones dedicación, cariño y prudencia en los precios, el éxito está asegurado. «De todos modos, hacerse rico es otra historia», puntualiza.

Entre la competencia hay mucha gente que la envidia, pero no funcionan porque no le dedican al trabajo la cantidad de horas que le dedica ella. En todas las facetas del mundo laboral, cualquier persona, por corta que parezca, si pone ganas y le dan tiempo, acabará haciéndolo bien. Pero hoy la gente tiene prisa y quiere el éxito inmediato, cuando el éxito real, sólido, duradero, sólo se consigue trabajando a todas horas, todos los días, durante años.

A pesar de que es muy catalana, pone los anuncios en castellano, excepto en el *Avui*. Y un lector del *Nou 9*, de Vic, se enfadó mucho y envió una carta a la redacción, donde, menos bonita, la llamaba de todo. Ella le contestó, sin inmutarse, que si tanto le molestaba que sus anuncios fueran en castellano, empezara por aplicarse la lección y nunca más la llamara *madame*, aunque le agradecía el cumplido, y utilizara la palabra catalana *alcabota* (alcahueta). Durante años, los clientes se le dirigieron siempre en castellano, pues no estaban acostumbrados a encontrar chicas catalanas en las casas de citas, incluso llegó a creer que no había más catalana que ella, hasta que fue a Mont-real no conoció a otra. Aunque, con la mala fama del oficio, era normal que las chicas quisieran ejercerlo lejos de la familia. Además, si tenía que decir un taco, en castellano le salía con más facilidad, aunque a decir tacos no se ha acostumbrado nunca. Y jamás, jamás, ha podido blasfemar contra Dios o contra la Virgen; esa necesidad que sienten tantos hombres cuando se acercan al orgasmo es superior a ella.

Al abrir el piso de arriba, el tercero, nace realmente la señora Rius. En el primero vive ella, de manera definitiva desde que se trajo de Borrell a Nene, el gato, el ser más querido. Es también su centro de operaciones: ahí están la cocina, el comedor y el salón donde las chicas, diecisiete o dieciocho ya, esperan a los clientes. El día que en el Camp Nou, el estadio del Barcelona, hay un partidazo, toda la casa es un enjambre de mujeres: «Esto parece el desembarco de Normandía», dicen los clientes.

En el primero trabajan, además, las veteranas, de las que no quiere ni puede considerarse la jefa, porque son sus amigas de años. Con todas ha compartido clientes en Borrell, en Lauria, y a alguna la conoce desde los años turbulentos de la calle e incluso de Mont-real. Como Lina, encantadora, dos veces separada, tres hijos, sabia en la cama, pero cortita en su relación con los hombres. La llamaban la Lina de las Joyas porque de cara a su familia vendía joyas a plazos de puerta en puerta.

—¿Por qué no les dices la verdad? —le reprochaba Lydia—. Todo lo que ganas es para ellos y no paran de pedir: que una moto, que un coche... Y a tu hija, que con 15 años has tenido que pagarle un aborto, ¿no puedes decirle la verdad?

Pues Lina conocía a un señor que la llamaba por teléfono, le pedía

dos o tres amigas más y se las llevaba al casino de San Pedro de Ribas, donde las invitaba a cenar y después les regalaba cien mil pesetas a cada una para jugar; gastaba fortunas. A Lydia, tanto derroche le daba mala espina: no era un potentado, sino el director de una agencia bancaria. Cuando se descubrió el desfalco, un mareo de millones, se encerró en su coche y se suicidó poniendo a tope el aire caliente.

Lina tenía también una pareja de baile que empezó a comerle el coco; pretendía que vendiera el piso y se fuera a vivir con él.

—¡Ni loca! —la advertía Lydia—. ¡Ni loca! Primero son tus hijos, has de pensar en tus hijos.

Pero ella quiso presentarle a su hombre:

—Te gustará.

Lydia le puso a caldo:

—¿Usted de qué va? ¿Cómo le pide a Lina que venda el piso?

—Yo, por ella, lo he dejado todo.

—No me mienta. Su mujer le echó de casa cuando se enteró de que Lina era algo más que su pareja de baile. Usted no ha dejado nada por ella y pretende que ella se venda un piso que ha de conservar, porque tiene tres hijos y una edad en que una mujer ya no puede permitirse ningún tipo de tonterías.

Se lo había tomado muy a pecho porque Lina, fuera de la cama, era una ingenua, una ilusa, tanto, que le dijo:

—¡Qué bien le has caído a mi novio!

—¡Lina, Lina, cuánto te quiero! ¿Cómo puedes pensar que le he caído bien si de cerdo para arriba se lo he dicho todo?

Pero le hizo caso. Tiempo después, se casó con un señor de un pueblecito de Lleida, soltero, muy bien situado, que conocía su vida y la aceptó así. De vez en cuando llama a Lydia para recordarle que ahora hace vida de aldeana y es muy feliz. Vive en una torre preciosa y el piso que no vendió ha quedado para sus hijos.

También Ana la Florista había trabajado con ella en Borrell. Le pusieron ese mote porque estaba liada con un florista que sólo hacía el amor con ella sobre las lápidas de los cementerios.

—Pero ese tipejo, ¿qué te da? Debe de ganar tanto dinero con las flores que adora las tumbas, pero tú... Trabajar aquí para luego irte con un chalado a un cementerio no tiene sentido. Si quieres trabajar en el oficio, trabaja en el oficio; y si prefieres agarrarte a un hombre, te agarras a él. O vives de ellos o caes a sus pies. Pero decide de una vez qué quieres hacer.

El gran drama de Ana era su necesidad de hombres, no entendía la vida sin hombres, los necesitaba hasta para respirar. Con frecuencia los llevaba a casa y entonces el enfado de Lydia se convertía en indignación:

—¡Ahí viven tus hijos, Ana! Tu casa tiene que ser un santuario.

Al fin, el marido consiguió quitárselos, una niña de doce y un niño de siete, y su casa se transformó en una parada de autobuses. Su madre llamaba a Lydia de vez en cuando:

—Mi hija es buena chica, ¡pero está tan colgada de los hombres...!

En el piso de al lado y en el de arriba se instalan las chicas nuevas, casi todas andaluzas. Sus apodos se hacen pronto legendarios: La Todoterreno, un tanto felliniana, ancha de caderas, potente, guapa como ninguna y con una sabiduría innata para divertir a los señores, esa asignatura que casi todas las mujeres tienen pendiente; la Primi, de Primitiva, hermosa pero rústica, como su hermana Carmen, dos ejemplos de mujeronas del sur; la Flaca, flaca de verdad, aunque con las carnes en su punto; la Repri, de reprimida, pero la única que quería ir con el señor Felipe, cuya obsesión era lamer y lamer, le lamía el cuerpo de la cabeza a los pies, ¡qué paciencia, pobre Repri!, le hacía un pijama de saliva y acabó siendo un cliente tan fijo y seguro que, al final, se fue a vivir con él.

Trabajaban mucho y les fue muy bien; se compraron pisos, pusieron tiendecitas, se fueron situando. Empezaron a llegar chicas de otras comunidades: La Pantoja, la Alsina Graells, la Gallega, la Veterinaria... La Pantoja se enfadaba cuando Lydia la llamaba así: «¡Que soy catalana, que no tengo nada de folclórica!», pero era el vivo retrato de la cantante, sin su bosque de pelo. La Alsina Graells llegaba de Lleida dos veces por semana en el coche de línea y pronto la bautizaron con el nombre de la empresa que cubre el trayecto.

Inés, la Gallega, tenía un marido tan religioso que, cuando no trabajaba, rezaba; apenas salía hacia la iglesia, ella escapaba con un par de horas de libertad por delante. Si algún día él decidía hacer vida hogareña, el plan de Inés se iba al traste y los clientes quedaban más colgados que un fuet. Lydia les llamaba: «Hoy no hay botafumeiro, se fastidió la bendición, lo siento». Pronto tuvieron que cambiarle el apodo: pasó a ser la Sharon Stone, por la pasión que ponía en el trabajo. Era un torbellino y para renegar, única. Terrible, terrible. Un día, tras un cuadro, una chica le dijo a la señora Rius: «No me llames nunca más para hacer un cua-

dro con ella, me ha dejado destrozada», y un señor que la pedía siempre: «Hoy a Inés no me la traigas, que vengo cansado».

Kim llegó del Solsonés. Estudiaba veterinaria, carrera que nunca acabó. Algunos clientes le encontraban un gran parecido con Lydia, que empezó a citarla cariñosamente como «mi sobrina», mientras la otra la llamaba la Antigualla por su gran afición a las películas en blanco y negro.

Un cliente que estuvo con la Veterinaria, llamó a Lydia días después:

—Cuidado con esa chica, me ha pasado algo feo.

—Con mis chicas me juego no una mano, sino las dos, la derecha y la izquierda. De mi sobrina conozco vida y milagros, sólo va con los señores de aquí y con ellos es imposible que haya cogido nada. Vigila por otro lado.

—Sólo he ido con ella y con mi mujer.

—Pues vigila a tu mujer.

Se lo dijo tan convencida que el hombre dudó, sus dudas se fueron acrecentando y contrató a un detective. Su mujer llevaba una doble vida y tenía un montón de amantes. Quedó un tanto deprimido, pero la Veterinaria le ayudó a superar la crisis y al final formaron una pareja que, veinte años después, es sólida como el primer día.

Apenas empezaba a hablarse de móviles cuando apareció un cliente que llevaba uno; de tan grande era incomodísimo, pero no fardaba poco el hombre. Cuando terminaba con la chica, aún a medio vestir, llamaba a su mujer: «Ya puedes ir poniendo el arroz, que en veinte minutos estoy aquí». Si se había entretenido más, añadía la típica excusa de «las calles están colapsadas», «he pinchado una rueda», «un cliente muy importante me ha entretenido más de la cuenta», etc.

Lydia pensó entonces que un día u otro ese curioso artilugio sería la solución para localizar a las chicas con rapidez. No se equivocaba: poco después, el virus del móvil había invadido el país y ella recomendó a las chicas que lo llevaran; para dar ejemplo, se lo compró y Nuria la Abogado, que la acompañó a la tienda, también.

Nuria había colgado la carrera de Derecho en tercero, pero ya sería para siempre la Abogado. El día que fue a conocer a Lydia, le abrió la puerta la mujer de la limpieza vestida de luto riguroso porque su padre acababa de morir y quedó impresionada:

—¡Qué casa tan importante! Veo que para abrir la puerta tiene usted ama de llaves —le dijo a Lydia.

Pues Nuria quiso rentabilizar el móvil enseguida. Estaba con un cliente y en pleno trabajo daba un respingo:

—¡Oh! Había quedado con mi marido precisamente ahora. ¿Te importa que le llame?

Y el cliente, alucinado:

—Por supuesto que no, llama, llama...

Nuria, al teléfono, ponía su voz más dulce:

—Estoy con una amiga, amor, nada, tomando un café, pero nos hemos entretenido un poco, ya sabes, las amigas... Me despido de ella ahora mismo y voy corriendo, mi amor, ¡si yo sólo estoy bien a tu lado!

La conversación ponía al hombre como una moto, era una bomba, tanto que, cuando la tuvo muy explotada, rizó un poco más el rizo y se hacía llamar en los momentos clave:

—¡Ay, por Dios, es mi marido! ¿Me permites que conteste?

—Claro, claro, habla, habla —contestaba el cliente, primero sorprendido y después encantado.

—¿No te encuentras bien? ¡Pobrecito mío! Tómate una aspirina y métete en la cama. Dejo ahora mismo lo que estoy haciendo, nada, estaba mirando unos vestiditos para el niño, y voy corriendo a cuidarte. Te he de cuidar mucho, que no tengo más hombre que tú.

La Abogado era muy lista. Hablaba por el móvil, pero no paraba de trabajar. Hacía las dos cosas a la vez de una manera fantástica: lisonjeaba al supuesto marido y, al tiempo, encendía al cliente con el caramelo de su voz y el vaivén de sus caderas.

—¿Hablas de verdad con tu marido? —le preguntó un día Lydia con cara de incrédula—. ¿Y si al señor se le escapa algún ¡ay!?

Ella se echó a reír, le hizo un guiño de complicidad y no dijo nada.

Pero la imaginación de los hombres se dispara con esas cosas. Un cliente se interesa por una chica que se pone una mini de escándalo para ir a visitar a su padre a la cárcel. No es una de sus chicas. No tiene ninguna con el padre en la cárcel, ni cree que una mini de escándalo sea la prenda más adecuada para esos casos.

—Algunas mujeres, para conseguir que a un hombre se le enciendan las luces del deseo, son capaces de inventar las historias más cochinas.

Otro cliente ingenuo: sólo quiere mujeres casadas.

—¿Y por qué casadas? ¿De verdad le excita pensar que en esos momentos está usted con una mujer que le pone los cuernos al marido?

¿O tal vez no quiere usar preservativo y piensa que las casadas son más seguras? Pues si cree que son más seguras porque sólo hacen el amor con su marido y con usted, está muy equivocado. Y si cree que le pone los cuernos al marido, posiblemente también.

Para muchos hombres, una mujer casada tiene más morbo, pero, además, la mayoría cree que una casada se controla más o tiene menos oportunidades y, por tanto, es menos promiscua que una soltera. Aunque lo normal es que la casada haga el amor con su marido sin preservativo, y por tanto es más peligrosa que una soltera responsable, e infinitamente más peligrosa que la chica que dedica su cuerpo por entero al oficio, porque ¿quién vigila y controla a los maridos? Lydia pone un montón de ejemplos sobre esta cuestión. Una de sus chicas llegó un día echa una furia. Había ido al médico, la visita mensual, y le había encontrado una cosa rara. Como sólo había hecho el amor sin goma con su marido, le atornilló a preguntas y descubrió que le había sido infiel. Estaba indignada, no quería perdonarle y se había marchado de casa con un gran portazo, sonoro, potente, signo inequívoco de que no aguantaba más y su decisión era definitiva.

Lydia esperó a que se calmara un poco. Preparó café y se sentó con ella.

—¿Te ha pedido perdón?

—Claro, pero no voy a perdonarlo.

—Por cierto, ¿sabe tu marido que vienes aquí?

—¡Qué va! No me lo perdonaría.

—¿Y no te gustaría que, si llegara a enterarse, te perdonara?

—¡Sólo faltaría! Todo el dinero que gano, pero todo ¿eh?, lo invierto en casa. Él no va al mercado ni compra la ropa de los niños. Si no fuera por lo que gano yo aquí, no saldríamos adelante.

—Con todo esto, me estás diciendo que si un día tu marido se entera de tu trabajo, esperas que te perdone. Pues empieza dando ejemplo y perdónale tú.

Cuando Lydia cuenta sus cuitas con las chicas, cuitas como ésta, sus amigos se ríen a carcajadas: «Cierto, cierto, este negocio tuyo es una ONG, la primera ONG del sexo. Has de constituirla oficialmente, no esperes más».

Un señor educado, encantador, riquísimo, se enamoró de la Primi, preciosa, lista, pero sin cultura, y se empeñó en sacarla de la casa; quería llevarla a todas partes, lucirla ante los amigos.



—José —le advertía Lydia—, hay chicas, como la Primi, que aquí son una cosa, y en la calle, otra.

Pero él no atendía a razones. Lydia insistía y apretaba los tornillos para convencerle:

—Realmente, es muy hermosa. Pero ella, tan rústica; y tú, tan elegante, ¿adónde vais a ir?, ¿adónde vas a llevarla? A las chicas las conozco yo mucho mejor que vosotros, sé lo que podéis esperar de ellas. José, a la Primi, en la cama no podrás acabártela nunca, ése es su lugar.

Pero insistió tanto en llevarla a comer a un restaurante de lujo, que Lydia y las chicas se movilizaron, le prestaron ropa: una blusa, una falda y un abrigo blanco preciosos, y la vistieron de otra manera, le dieron un toque al peinado, la pintaron en un tono más suave. Total, que cuando José la vio, loquito que ya estaba, se volvió tarumba. Iba a su lado orgulloso como un pavo y la paseó por los ambientes más exclusivos. Ella estaba más nerviosa que un flan, lo pasó fatal, porque en todas partes se sentía ridícula, fuera de lugar. En una habitación con cama, la Primi se crecía, podía hacer perder la chabeta a cualquiera, pero en medio de aquel lujo que no había conocido nunca, estaba en un desmayo continuo, no podía ser. Además, a los 23 o 24 años es muy difícil cambiar a una persona y los hombres como José tampoco saben cómo hacerlo o no tienen tiempo: hay que darles el producto precintado y a punto de tomar, como en el súper.

Al fin, la Primi se juntó con un trilero. Tiempo después fue a ver a Lydia con su hijo, que tendría tres años; sólo entrar, el niño empezó a coger todo lo que encontraba a mano y a metérselo en los bolsillos. «¡Primi, mira cómo te ha salido el hijo! Se lo lleva todo, ¡míralo, míralo!»

Mónica, en cambio, conocía de siempre los ambientes sofisticados. De buena familia, era una chica fantástica también. Sólo un problema: su ambición desmesurada. Lydia se lo repetía con frecuencia: «Cálmate, Mónica, no se puede ser tan ambiciosa, mesúrate, mesúrate». Quería ganar dinero, conseguirlo todo con demasiada rapidez. Al fin se casó con un hombre muy rico. Había alcanzado su meta y Lydia respiró. Tiempo después, una chica de su casa la encontró en el gimnasio, hablaron y Mónica le comentó que, de espaldas a su marido, había vuelto al trabajo. Era muy rico, pero tacaño, y ella necesitaba para sus caprichos mucho más dinero del que le daba.

—Aunque es un caso raro —comenta Lydia—. Cuando una chica del oficio encuentra a un señor que la retira o se casa con ella, su

comportamiento es intachable. Y hablo de ahora, con el desmadre que hay, porque en mi época habría sido impensable que una chica instalada en un piso, rodeada de comodidades, le pusiera los cuernos a su benefactor. Si en lugar de una chica del ambiente hubiera sido una secretaria o una enfermera, y que no se molesten secretarias y enfermeras, es sólo un ejemplo, las posibilidades de engaño se habrían multiplicado. Pero las chicas del ambiente eran de una fidelidad total, porque encontrar a un señor que las apartara de un oficio no deseado era la mayor aspiración de su vida.

Con todo, siempre hay historias más lamentables que contar. Como la de Lali, que se suicidó. Fue un golpe duro para Lydia, que sentía por ella un gran cariño. Encantadora y detallista, su marido era marino y ella tenía muchas horas libres. Vivía pendiente de sus hijos y para darles más caprichos se metió en el oficio. Cuando crecieron y empezaron a volar, se sintió sola; tal vez fue el motivo que la empujó a enamorarse de un tipo repelente. Era muy bonita de cara, pero justo entonces empezó a engordar, y con los kilos, a acomplejarse; el tipo la llamaba vaca y foca con desprecio, y le sacaba todo lo que ganaba. Lydia la reñía:

—Pero ese hombre, ¿qué te da? Disgustos, lágrimas. Eso que haces es un pecado, Lali.

Empezó a tomar pastillas, para adelgazar, para los nervios, contra la depresión, contra el insomnio, cada vez más pastillas.

—Has de olvidar a ese hombre. Será tu ruina.

No le hizo caso y se fue hundiendo. Hasta que decidió acabar.

Y otro caso lamentable también: el de Nieves. Guapa, distinguida, elegante, se la presentó un escultor que la utilizaba de modelo. «Por si la puedes ayudar», la frase de siempre. «Tenía una cara y un pecho como no he visto otros, y he visto cuerpos fantásticos.» Nieves se había enamorado locamente de un chico de buena familia y para estar junto a él gastaba muchísimo, nunca tenía bastante. Él iba a esquiar a Suiza, ella también; de vacaciones a Ibiza, ella también. Todo lo que ganaba se lo gastaba en seguirle, era su único objetivo, ir adonde fuera él.

—Nieves, tienes que ahorrar —le recordaba Lydia—. Este trabajo sólo dura unos años.

Pero ella no escuchaba y en su afán de ganar dinero al máximo iba a todas las casas, a todas las saunas, no paraba, necesitaba dinero, mucho dinero. El escultor preguntaba:

—¿Qué hace Nieves?

—Nieves va a acabar mal, porque no para y todo lo gasta en intentar ligarse a ese chico.

Pero consiguió su objetivo, un día fue a verla con la noticia:

—Me caso.

—No será verdad.

—Sí, me caso.

—¿Y ya le has contado lo que has llegado a hacer para estar a su lado y conseguir enamorarle?

—¡Nooo! No le he dicho nada.

—Eso es muy atrevido, Nieves.

Se casaron y al año tuvieron una niña. Pasaron dos años más y un día el marido organizó una fiesta e invitó a un amigo de la niñez al que no veía desde hacía tiempo porque la vida les había distanciado. El chico llegó muy contento, le abrazó y de pronto vio a Nieves hablando en un grupo:

—Oye, ¿qué pinta esa tía aquí?

—¿La conoces?

—Claro, es una de las putas más famosas de Barcelona.

Tal vez si hubiera sabido que era la señora de la casa se hubiese callado o le habría contado a su marido quién era ella de una manera más delicada. Pero lo soltó a bocajarro y se montó un escándalo terrible. El marido la echó de casa al instante, se quedó con la niña y no permitió que la viera nunca más.

Nieves fue a ver a Lydia tiempo después, estaba destrozada.

—¿Ves?, obraste mal. Las mentiras siempre se vuelven contra uno mismo. Cuando viste que el chico se había enamorado de ti, tenías que aprovechar para decirle la verdad y atenerte a las consecuencias.

No le había hecho caso, pero de todos modos le afectó mucho verla de aquel modo. De tan desmejorada, estaba irreconocible. Le confesó que no tenía recursos para pagar a un buen abogado y, al menos, poder abrazar a su hija de vez en cuando.

—No sé en qué se basaron para prohibirle que viera a su hija, supongo que lo consiguieron a base de dinero.

De eso hará quince años. No ha sabido más de ella.